

SANTIAGO RUSIÑOL

ROMÁNTICO, visionario, curioso de nobles curiosidades de Arte puro; bohemio rico —paradojismo, casi expresión inédita— poseía los talismanes del triunfo, las dos alas tensas en la fuerza de todos los inventos; el talento; el dinero. Una inteligencia ardiente. El corazón, un ruiseñor, como su propio nombre, lema y mote de su alta ciencia y conciencia de caballero andante de las musas y ¡aquel oro!..., aquel oro que tanto puede en la reñida lucha del tanteo embrionario, en el ensayo de predisposiciones, en el sondeo por los enfurecidos mares del éxito, en los bifurcados dualismos de las primeras guardias, en la atalaya literaria, desde donde se avizoran los amplios campamentos combatientes. Romántico... visionario... El rostro barbudo, fino, agudo, de traza clásica; diríase un Dionisios sonriente, con una hiriente sonrisa de conocedor de placeres y de poseedor de verdades profundas. El continente igual que el contenido: noble, estilizado; el mohín pícaro, la réplica inesperada.

En su vida extraordinaria, en su obra prolífica, donde hay ligeros de burla y fermatas de meditación... volteos de aire tempestuoso y quietud de siesta, hay, también, como un ansia de huir, de escaparse hacia mundos de superación, hay violencias difícilmente contenidas; una atormentada impaciencia, como si temiese perder instantes de emoción, indispensables para su inteligencia siempre insomne. Lleva en sí la experiencia de Ulises y, pudiendo desvincularse con sus escepticismos de las fórmulas de ciertos hechizos, queda preso en completaciones armoniosas, de un contorno, de un trasluz...

Adóbra los cipreses, graves y geométricos. Los copia, los describe. El, que es árbol frondoso de desorbitadas raíces, ramas locas de nidos y hojarascas desmelenadas, se extasia con los altos, quietos y oscuros cipreses. ¡Cementerios de Játiva! Nadie como este pintor-poeta... o este poeta-pintor, ha sabido hacernos comprender la belleza desesperada de esas abandonadas ciudades del dolor, belleza recóndita y dormida, donde la muerte es más fuerte, donde cada ciprés, inmóvil y pensante, con su sombra ante él, parece contemplar a otro ciprés, muerto, a quien va a enterrar en la tierra devoradora.

Játiva, con su fortaleza de tremendas evocaciones y su vía-crucis blanco, rampante por la colina —bordada de lentejuelas de oro— supo detener con su áspero dramatismo los pasos impacientes del caminante ilusionado.

Los cipreses le detienen siempre a lo largo de su senda ascendente. Visita el Generalife y escribe: "Largo el muro, como visión de Maeterlinck, se anda por un corredor severo y blandamente enarenado y al doblar una

esquina, se domina el paseo de cipreses, los más soberbios de la tierra, árboles centenarios, carcomidos de vejez, que vieron pasar por sus plantas las vidas íntimas de los reyes de Granada, oyeron los suspiros de la música de Omar, que sombrearon las blancas túnicas de las enclaustradas sultanas”.

Pasados los instantes de atonía, seguía rodando el Zodíaco ardiente de los días... de los meses... de los años; renovando siempre teorías de ayer, con esperanzas del mañana. Vivió fuerte y seguramente la vida. Dió la mano a las más diversas criaturas... el gran señor, el gran artista, el torero, el labrador, el aristócrata, el modelo, el truhán, el marínero... Fué amigo y aún más, fué colaborador de sabios arqueólogos; con ellos desentrañó de la tierra avara, collarés de cristales irisados que acariciaron redondos cuellos de ignotas mujeres, ánforas donde se desmayaron las magnolias; monedas con las que, hace más de veinte siglos, se compró la felicidad, se pagó el dolor, la vanidad, el placer o el crimen... y en las hondas excavaciones, él mismo parecía, entre la riqueza descubierta, la estatua de una pagana divinidad, resurgida de la quietud de siglos para otear en el presente apasionante y seguir su ruta por las ciudades rumorosas, por los puertos turbulentos entre el gruñido de las grúas y el alarido de las gasolineras presurosas.

Le ha visto el mar violento de las costas bravas; los campos delirantes de retamas; los templos milenarios; el agua fugitiva de los ríos; el Sena verdinegro y el Arno, eco del sollozo del Dante; el Danubio y el Plata vieron cómo los noctámbulos sensitivos le pulsaban, sin saber curarle, viéndole ahito de lirismos, sin la absentia de Verlaine, pero con parecida calentura.

Pintó un burro de verde y recorrió, como endiablado mago, los pueblos catalanes, sembrando el pánico en la multitud ignara. Otras veces, en una *roulotte* trashumante, recorrió caminos resueños, deteniéndose para vender —humorista y psicólogo— duros a cuatro pesetas, que nadie se atrevía a comprar. El gran Ignacio Zuloaga, Ramón Casas, el genial trágico Enrique Borrás; Pompeo Gener, seguíanle en su compadrazgo de ingenio y buen humor.

Y así, por ferias y mercados, unas veces con charanga, otras voceando ante un puesto improvisado de cacharros, ollas, jarros y platos de loza. Los aldeanos contemplaban, desconfiados; pero nunca falta el payés decidido, o la mujeruca sin titubeos, que se atrevieran a ofrecer.

“Dos reales... tres... una peseta”. Los chuscos vendedores gritaban, rugían, como energúmenos: “¿Dos reales? ¿Tres? ¿Una peseta? Antes los tiro, antes los rompo...” Y caían los platos y los jarros, estrellándose contra las piedras.

“¿Dos reales? ¿Tres? ¿Una peseta? Antes los rompo. ¡Así, así, así!”.

El pueblo, la aldea... se estremecía de algo vibrante y nuevo. ¡Eso no se había visto nunca! Era la extravagancia risueña, la ingeniosa travesura, la broma sin maldad para nadie, más bien, llenaba el aire espeso, enrarecido

de prejuicios, de un oxígeno nuevo, de saludable alegría, de risotadas sin fondo turbio o amargo.

Luego, los vendedores atrabiliarios, los endiablados del burro verde, los cambistas del duro a cuatro pesetas, tomaban champaña, helado en copas de plata y recitaban versos de Marcial o de Ovidio, exhibiendo su perfil *montmartrense*, muy 1900...

Mallorca dorada, toda solloza por el gran hombre amado, alza sobre una piedra terminal la cabeza broncea, con aquel mechón sobre la frente noble, igual que el ala rota, inmóvil ya, del ruiseñor que en él había.

Al pie de la escultura hay una fuentecilla de suave gorgotear —diríase el ritmo de sus versos— y un rosal vivo, henchido de savia, crece y crece cada día más y va trepando... trepando, como queriendo tenerle entre sus verdes y sutiles brazos, ofrendándole sus rosas tibias de sol y sal Mediterránea. ¡Mallorca dorada! Allí trasplantó a su lienzo los almendros en flor de los prados insulares, novias blancas, del benigno enero.

Aranjuez, Versalles de España, toda barroca de graderías de mármol, estatuas y fuentes de alegoría. Aranjuez también se ha visto retratada, mientras el poeta tenía un tropo para cada senda y una rima para cada sombra desmayada en el silencio del jardín antiguo.

Rusiñol, el señor del feudo catalán de Cau-Ferrat, dejó para el alma curiosa sus lienzos, como abiertos ventanales, y sobre el ancho imperio de los escenarios reverberantes, hombres y mujeres que luchan, que tiemblan, envidian ¡aman!, olvidan y perdonan, incorporándose a la vida humana, porque el autor los arrancó así —audaz y certero— a las calientes pulsaciones de la vida misma.

ADELA CARBONÉ

